



CUARTO CRECIENTE
- Revista de Creación -
Nº 8, Otoño-Invierno
2003-04

DIRECCIÓN:

Álvaro Ribagorda, Begoña Borredá,
Isaac Caselles, Isidro David Carro.
Con la participación de:
Luis Enrique Otero

Colaboraciones:

Ivo Aragón, Tomás Sendarrubias,
Sergio Benítez, Luis Carlos
Redondo, Daniel Izquierdo, Jorge
de Barnola, M^a Jesús Soler, Verena
Montesinos, Sira Scalla, Santiago
Antúnez, Lorena Salas Ruano
& Javier Mateos.

Ilustraciones y Fotografías:

Laura Oliver, Begoña Borredá,
Isaac Caselles y Álvaro Ribagorda.

Fotografía de portada:

Begoña Borredá (Escultura de
Mariano Blázquez)

Diseño y Maquetación:

Álvaro Ribagorda e
Isaac Caselles.

Depósito Legal:

M-48102-2000

ISSN:

1578-6633

Imprime: Gráficas Ulises

Agradeceremos la mayor difusión
fidedigna de los contenidos de esta
revista. La cultura es un derecho,
no un privilegio.

ÍNDICE

Cuarto Creciente p. 2

Reflexiones en la Luna p. 3

Creación:

- *Otro modo de soñar Ítaca* – Daniel
Izquierdo p. 4
- *Te echo de menos* – Verena Montesinos p. 7
- *En brazos de Morfeo / Levedad eterna* –
Álvaro Ribagorda p. 8
- *A.B.S.* – Ivo Aragón p.10
- *Sueño de seda* – Tomás Sendarrubias p.14
- *La pelota* – Isidro David Carro p.16
- *Venías de negro* – Luis Carlos Redondo p.17
- *Madrid, a una hora...* – Javier Mateos p.18
- *Trotamundo* – Lorena Salas Ruano p.20
- *Astrea* – Sira Scalla p.21
- *El artista* – Jorge de Barnola p.22
- *Noviembre* – M^a Jesús Soler p.27
- *Torero* – Santiago Antúnez p.28

Galería:

- *La Brújula (Rincones de inspiración)* p.29
- *La Lunateca (Libros para Selenitas)* p.32
- *La Butaca* p.34
- *Carta Abierta* :
"Reinventarse" – Álvaro Ribagorda p.35

Visita nuestra página web:

<http://www.cuartocreciente.es.vg>

La dirección no se responsabiliza de las
opiniones de los distintos autores.

CUARTO CRECIENTE

Cuarto Creciente no ve la Luna tal como se nos muestra en sus distintas caras, sino que lo hace desde el ángulo del delirio creador. Cuando el arte se convierte en mercancía, extendiendo una nube de desidia sobre nuestra sociedad, nosotros fijamos nuestro punto de vista en lo extraordinario que subyace a la aparente mediocridad. Por ello vemos crecer la Luna, cuando el Universo creativo parece menguar, proclamamos nuestra rebelión y exaltamos por principio la imaginación.

Cuarto Creciente aspira a despertar las inquietudes, y a contribuir al desarrollo de los distintos campos y sensibilidades creativas, ofreciéndose como espacio de contacto y difusión de ideas y obras, de pasiones y esfuerzos.

Con esta revista pretendemos extraer algo poético de entre los muros de nuestras prosaicas facultades, incitar la exploración de las facetas creativas de cada persona, y sacar a la luz el silencioso trabajo de jóvenes creadores anónimos, para hacer de la Universidad también un espacio de sociabilidad y creación cultural.

COLABORACIONES:

Colabora con *Cuarto Creciente* enviándonos tus poemas, relatos, dibujos, fotografías, reseñas, ... originales a:

Cuarto Creciente
(Revista de Creación)
C/ Juan Pascual 19, 1º C
28017 Madrid

o
cuartocreciente_rc@hotmail.com

o entregándolos en los puntos de distribución habitual de la revista.

Podéis colaborar también enviando reseñas creativas para las secciones de *La Lunateca*, *La Butaca* y *La Brújula* (incluyendo fotografías), con una extensión máxima de 650 caracteres para estas secciones, así como en el espacio de ensayo y opinión: *Carta abierta* (con un máximo de 5000 caracteres). Para el resto de colaboraciones la extensión máxima será de 8000 caracteres. Si además, junto a los textos nos queréis facilitar vuestra dirección postal, os enviaremos un ejemplar del número en que se publiquen.

Esperamos también vuestras opiniones, críticas y sugerencias, que serán siempre bien recibidas. Contamos con todos.

REFLEXIONES EN LA LUNA

Si un poeta no viaja, se muere de repente

Rafael Alberti

*Un artista no debe contar su vida tal y como la ha vivido,
si no vivirla tal y como la va a contar*

André Gide

*¿Qué poesía no es materia reservada
que el poeta no se atreve a comunicar a un ser concreto por timidez y,
paradójicamente lo cuenta en público, con notoria impudicia?*

José Hierro

*Rosa,
incomprensible rosa irracional:
admiro tu belleza, no la entiendo*

Jorge Guillén

Escribir es una manera de vivir

Gustav Flaubert

*La vida no es la que uno vivió,
sino la que uno recuerda y como la recuerda
para contarla*

Gabriel García Márquez

*Inventar ficciones es una manera de ejercer la libertad
y de querellarse contra los que quisieran abolirla*

Mario Vargas Llosa

*La poesía es el diálogo del hombre,
de un hombre, con su tiempo*

Antonio Machado

No vi el viento moverse, vi moverse las nubes.

No vi el tiempo, vi caerse las hojas

Eduardo Chillida

CREACIÓN

OTRO MODO DE SOÑAR ÍTACA

Entre lo real y lo irreal,
fluye la vida con la patética intensidad
con la que fluye el aplauso tras cada conferencia.
Y así como el aplauso dilapida, en cada nuevo aplauso,
el aplauso anterior, dilapida la vida el gozo de ese fluir
que es ya mentira. No existe aquello que parece existir.

Acaso el Partenón sea un charco de piedra
con zuecos de vanguardia. Acaso la Grecia de Pericles,
tal vez fuese ficción: mera matemática sin leyes ni guarismos.
Lo dijo Valery: tú no puedes comprender la verdad.
Te diré por lo tanto lo falso.
Nada tan verídico como una mentira.

Olvidé los libros de Kundera. En mi sangre infantil,
Praga, París, Jaromil, Chantal son ya glóbulos rojos,
la misma ciudad inequívoca, el mismo verso
maremótico de Bernardo Schiavetta:
el espejo que es todos sin ser nadie a uno lo copia y lo transforma en otro.

Olvidé también los poemas de Bernardo Schiavetta
y el pulso incisivo de Kavafis perfilando la pierna de su Ítaca.
La Ítaca, que antaño soñó Homero, cinco siglos después
del desastre de Troya. Homero no nació nunca.
Tampoco Troya, Ítaca, Kavafis, existieron jamás.

*Fotografía Begoña Borredá*

¿Cabe acaso el eco en las palabras? Tampoco existe el eco.
Preguntadle sino a Narciso. No, mejor aún, interrogad a su psiquiatra.
Él os dirá. Él os dirá hasta qué punto la ninfa fue delirio
en la mente insaciable del todo vanidad.
Preguntadle mejor a Oscar Wilde,
él supo cómo se miraba el lago en la pupilas claras de Narciso,
cómo se miraba el psiquiatra en las pupilas claras del lago,
cómo, en la pupilas claras de la ficción, se miraba
el mundo real aprovechando el fluir de los aplausos.

Olvidé los libros de Kundera y aunque sólo recuerdo
dos poemas de Angelus Silesius, sé que la belleza
no se hace preguntas.

Ignoro a qué lugar extraño me llevarán los pasos
que da otro por mí, dentro de este cuerpo insoportable.
Mas no espero nada del camino, nada de la meta.
No, no existe meta ni camino. No existe lugar extraño.
No existe cuerpo insoportable.
No existen pasos y todo fue mentira.

Juan Ramón, otro falsario, delincuente verbal del mundo inexistente,
vertió luz a su modo: No corras, ve despacio, que adonde tienes que ir
es a ti sólo. De vuelta de sí, Juan Ramón,
supo que había falseado las palabras. Quiso rectificar.
Las coces de Platero, configuran la realidad inalterable de la Tierra.

Entre lo real y lo irreal, Platero conquista el mundo
a lomos de un poeta. Pedro Páramo barre el viento.
En el regazo de la abuela, el niño muerto no regresará a la vida.
La fotografía de Hugo Brehme, sabe porqué lo digo.
Por más que la madre, de pie, le sostenga la cabeza
y mire al horizonte, la muerte viste cuerpo infantil
e impone su presencia. Dios, que habla en música,
habla también la lengua que construyó Comala.

Inexistente o no, Platero supo huir de las fotografías.
Cuántos flashes dispara el sarcasmo en cada nueva huida.
Para qué, tantas lecturas, si no existió la vida.

DANIEL IZQUIERDO

TE ECHO DE MENOS

Te echo de menos, desde los descolocados insomnios hasta las caricias prodigiosas que me arrojas. Extraño tu cuerpo y el placer que me brinda cuando me acaricias con los ojos y determinas la distancia que nos separa.

Es nostalgia de ti, como el bolero y las mil y una canciones que hemos tarareado puerilmente ambos, en tantos lugares como sueños.

Stan Getz me lleva a Lyon y me lanza a mirar el amanecer desde el albergue, aquel que yo quería hacer mío y tú hiciste nuestro, a escondidas, para, de nuevo, sorprenderme.

Y ahora me voy al universo de fábula creado por ese italiano a veces innombrable (no sé por qué) para recrearme con todas las maravillas que creo ver en ti. Y entonces me viene a la cabeza un viaje en coche, apretados y con brillo en los ojos tras ver La Sagrada Familia.

Hey you se me figura en tierras de volcanes, en aquella ciudad francesa azotada por el viento y cómplice de mil historias de amor (algunas de alcohol, pero no la nuestra)

Mercedes Sosa canta en las ramblas y yo te miro, pausada y lenta, y me veo en ti. Por fin.

Lía comienza a ascender por aquellos tejados escalonados de mi miedo y tus ojos asombrados y entonces me pierdo entre los canales, sola, esta vez, para pensar en ti cuando no estás conmigo.

Si nos vamos a Cibeles, prometo tararearte al oído *La vie en rose*, mientras volvemos a casa y te lleno de geografía madrileña.

Pero es *Child in time* la que me sitúa en tu cuerpo, directamente colocada al antojo de todavía no sé qué, trémula y sorprendida, de haber encontrado un delfín capaz de nadar con esta sirena, vejada a veces y cansada de mareas. Es ella, la que ayuda a la dragona engendrada por ambos a fatigarnos por las noches y seguir teniendo ganas de indagar en el otro.

Ya no importa que nuestras pupilas no hayan paseado juntas por Montmartre, porque yo llevé a Rodin hasta tu alma y tú me mojaste con el Sena. Qué vacío se me antoja ahora la pretensión de haberte deseado en el Louvre ahora que pasamos juntos por puentes imaginarios y angostos.

Entre tú y yo hay puentes y pasarelas fingidas que son capaces de unir la Gran Vía con el Teide.

Y eso es lo que realmente importa esta noche.

VERENA MONTESINOS

EN BRAZOS DE MORFEO

Camino descalzo por bosques de haya,
un gorrión se deja caer a mi espalda,
la neblina de la mañana envuelve mis sentidos
en un gélido manto,
sueño brumoso de un invierno rural,
de un otoño de hojas secas sobre el suelo,
del olor a tierra mojada que me embarga.

Atardece sobre la ciudad,
desde un lugar elevado se contemplan mágicos colores,
son cambiantes, fucsia, naranja, morado, azul,
pero la ciudad no cambia con ellos,
la ciudad es un relieve de luces y espacios,
de calles y edificios desparramados en el atardecer.

Es de noche, y percibo un ambiente cargado,
estoy cubierto de música y sonidos de voces que se cruzan,
bebo del néctar sagrado de la noche,
me acerco a la barra esperando una súbita libación,
mujeres de largos cabellos se cruzan a mi paso,
desaparezco ante el tacto de su pelo rizado.

Nunca he podido escapar de los brazos de Morfeo,
a Morfeo no le complacen las verdades a medias.
Los sueños disponen de una magia inalcanzable
que ninguna realidad me podrá proporcionar.
El mundo puede ser lo que yo quiera,
y tal vez la realidad hoy no me apetezca.

LEVEDAD ETERNA

Nieva en Madrid,
son copos tiernos,
esquirlas de un frío lacerante
que lamen las heridas tristes de
[ciudad gris.

El cielo se torna puzzle
de imperfectos lunares,
arrojados sobre la geometría de
[la urbe.

Nieva en Madrid,
y parece como si
un mítico Dios de barba blanca
sacudiese sobre nuestras aristas
de ciudad imperfecta,
su manta de plumas.
Su levedad es eterna.

Nieva en Madrid,
y por unas horas el tiempo se detiene,
la hierba, las plantas, los árboles
-héroes milenarios,
supervivientes en su cárcel de cemento-
con sus brazos abiertos
proclaman su reinado efímero,
mostrando su corona blanca sobre las hojas,
haciéndose dueños del paisaje
sobre coches y edificios enterrados,
sobre hojas y tejados,
que muestran su ribete de color
más puro junto al blanco.

Nieva, y un Madrid de postal,
rehumanizado,
cobra visos de ciudad inmortal,
de fascinados ojos de niño
que la recordará para siempre:
blanca, pura, inmaculada...
eterna.

ÁLVARO RIBAGORDA

A. B. S.

Dicen que cuando una persona se suicida, implícitamente está vengándose o acusando a alguien, y si deja una carta, es que no tiene voluntad real de marcharse, que pretende seguir vivo más allá de su muerte. En cambio, si el suicida no deja ninguna explicación, es un suicida verdadero, alguien que quiere borrarse de la vida de todas las formas que le es posible. Andrés fue un suicida auténtico.

Una mañana me dijeron que mi amigo se había quitado la vida, y no sabía por qué. Quise saber o entender aquello, pero para empezar no sabía dar un pésame, si aquella irrealidad era lo que se tenía que sentir, o si era lógico que mis gestos se volvieran tan falsos como la porcelana. Quedó tranquilo, y volví, sus amigos volvimos, a nuestras pequeñas rutinas, a las familias, a las hipotecas, a los amantes, a los seguros, a las guarderías de los niños, nuestras fotos, lecturas, recuerdos, sueños y sinsabores. Cuando nos reuníamos él reaparecía, pero me faltaba una naturaleza entera para saber que sabía que Andrés ya no estaba.

Intenté escribir qué tipo de sensaciones me iban y venían flotando con la sangre por las venas, qué dispersión de ideas vivían en mi cabeza, que su muerte se confundiera con la ofuscación de teclear letras, de ver palabras que se iban alineando sobre el papel; y en la pantalla del ordenador, párrafos coherentes donde se apareaban realidad e invención. Que de aquella historia que intentaba escribir, quedara una idea ordenada en mi cabeza, que la escritura me ayudara como otras muchas veces. Pero fue inútil.

No había forma y siempre dejaba por decir tantísimas cosas, que no sabía qué era más: o estúpido o desalmado. Pero qué es lo que había que decir, que aquello fue horrible, que era una marca imborrable, o incluso que alguien dijera que en alguna noche había llorado silenciosamente, en secreto. No, no era eso, y da igual que con el tiempo sepa que sí lo fuera. Es increíble cómo no te das cuenta que cuando te falta alguien querido, el mundo ha de tropezar en su propia órbita y agitarnos a todos hasta la náusea. Eso es muy fácil decirlo a toro pasado.

También resulta más sencillo decir con la distancia, que algo en la forma de percibir y actuar cambia cuando vives una muerte como la de Andrés, no de golpe, sino despacio, sin darte cuenta, con la misma suavidad con la que amanecen los días o se van. A mí me pasó eso yendo a comprar el periódico. Tan tonto como en el kiosco de abajo de casa, camino del trabajo. Allí había siempre una chica, esperando. Algunas veces vi llegar un coche que la recogía. Otras el quiosquero intentaba hablar con ella, pero ella no hacía mucho caso. Parecía callada, con la mirada siempre perdida, allí, recortada mañana tras mañana sobre los amaneceres del año.

Un día me sorprendí pensando, a unos cien metros del kiosco, que le escribía que vestía la mañana de sueño y encendía la calle de mirada. Que de pie, esperando, giraban las cosas y pasaba el tráfico sin tocarla; que esperaba, y en algún lugar sin carne, merodeaba recuerdos y dibujaba esperanzas. Que guardaba un mundo y unas palabras.

Y otro en la soledad de casa, imaginé que le contaba que mi amigo Andrés ya no estaba porque había querido irse. Sin darme cuenta la había convertido en mi amante, pensaba en cómo debían besar unos labios callados, respingones y perdidos siempre en el mismo sitio. Supe un miércoles, cuando volvía del trabajo pensando que a la mañana siguiente la vería, que estaba solo, que los días se me iban en soledad, que desaparecían por un sumidero implacable e infinito.

Tenía que hacer algo con aquella chica de la que no sabía ni su nombre, de la que sólo tenía una imagen melancólica. Y lo hice. Os puede parecer de lo más sencillo, una acción más enhebrando un relato, pero os aseguro que algo titánico había ocurrido en el mundo. Yo, que había dejado escapar tantas novias en los asientos de los autobuses, tantas pasiones en las miradas de los bares, tanto amor a la vuelta de cada esquina... No permití que aquello sucediera otra vez.

No sucedió y así se obró aquel cambio en el percibir, el darme cuenta que bajo ningún concepto debía dejar escapar lo primero que tenía, y uno de esos días, cuando aún nos estábamos conociendo (aunque ya nos amábamos), en esa etapa en que a la tardada cuentas cosas a la otra persona por primera vez, pero que para ti son esenciales como la piel, le conté que tuve un amigo, Andrés, que se suicidó. Y que no dijo nada, simplemente murió. Le conté lo importante que había sido para nosotros. Le contaba cosas que decíamos de él, historias tuyas, *fíjate qué dijo el Bilbao, o mira qué hizo, o hablaron de Bilbao Sentís, o...* Bueno, no quisiera convertir esto en un obituario. En fin, le hablé de la mirada clara, los hoyuelos y su barba de mimbre.

Nunca había sido yo alguien que hubiera expresado con facilidad lo que sentía - guardaba en una lata de atún a una persona - pero con ella descubrí que

era capaz de lo contrario, y me hacía bien. Fue algo que aprendí, sí, demasiado tarde, pero aunque tarde, me sirvió para crecer, para no dejar pudrir por dentro el afecto ni el desengaño, la vulnerabilidad ni la emoción. Y ahora contárselo era sencillo y cálido, como cuando nos acariciábamos durante tiempo y tiempo.

Cuando muere alguien a quien quieres tras una enfermedad larga, es difícil, terrible. No importa que sepas que aquello va a pasar: cuando sucede te reduces, te anulas por dentro, desapareces de la faz de la tierra con él. Y cuando vuelves a brotar, una cicatriz te emborrona la mirada. Pero parece que la muerte siempre es capaz de ser un poco más cruel, de atornillarte más. Y puede llegar tras una de esas largas y horribles enfermedades, pero además, casi desconocida para la gente, que te consume y sólo se sabe que eres humano porque los que te rodean, guardan memoria y amor de ti.

Pero ese consumirte, no tienes por qué saber cómo va terminar aunque sientas que estás enfermo. Te marchitas ignorante de qué te corroe, como si un día te echaras a dormir en plenitud de facultades, y antes de terminar el sueño, murieras. A los demás nadie les va a quitar la desesperanza, pero al menos queda la tranquilidad de que más o menos te fuiste soñando, sin saber bien qué clase de sufrimientos padeciste. Salvo que antes, incluso mucho tiempo antes de perder la facultad de la consciencia, y sin nadie de tu alrededor saberlo, te informaras a ciencia cierta de qué clase de muerte ibas a tener. Y lo guardaras hermético en una lata de atún sin decir nada. Conocer cuando aún disfrutas de reír porque quieres reír, hablar cuando quieres hablar, que te vas a deshacer sin tu permiso y sin siquiera poder decidir qué hacer con tus lágrimas o tus manos.



Fotografía Isaac Caselles

No dices nada porque no quieres que a los demás les quepa todavía más dolor del de las miradas hechas costurones, y te suicidas porque te dejas morir

-no hay más remedio- ocultando que sabes lo que los demás te ocultan, y negándote a recibir el afecto y el consuelo que te corresponde por semejante monstruosidad. Pero sobre todo te suicidas porque no te suicidas y sigues con los tuyos hasta al final, porque para ellos, lo peor siempre vendrá después.

Muchas cosas suceden, y sólo puedes explicarlas con la sabiduría del tiempo pasado, con la serenidad de un continente de distancia. Al fin y al cabo de eso trata esta historia. Y de las cosas que sabes o puedes compartir. Y cómo aprendes, sobre todo cómo aprendes y cómo a pesar de todo te sigue costando, porque puede que lo que hizo Andrés fuera una venganza a la enfermedad, puede, pero desde luego que no dejó notas ni dio explicaciones, y por eso seguro es que lo recuerdo sonriendo como sólo él lo hacía, diciéndonos *¡mariconas!* desde la bondad más pura. Y se quiso borrar lo más bondadosamente que pudo porque la muerte lo borraba.

* * * * *

Una madrugada, después de que hiciéramos el amor y con el sentido y el placer disipándose de cuerpo a cuerpo, de los cuerpos a las sábanas, de las sábanas a nosotros otra vez, le dije a Gemma que en realidad, Andrés, no se había suicidado.

IVO ARAGÓN

SUEÑO DE SEDA

Soñé con tus ojos
en las calles de Estambul,
vi allí tu rostro,
y a mí me viste tú.

Tus ojos, tus ojos negros,
brillando en la noche azul,
tu boca viento que pierdo,
y en tu noche me pierdes tú.

Corrimos bajo la Luna,
buscando el licor y el fuego,
y mil tambores que gritan,
retumban en el silencio.

Reímos, soñamos juntos,
bebimos de flor y cuento,
y el té de dos mil noches
destilamos en el puerto.

Y el olor de mil especias,
y el clamor de mil lamentos,
y el calor del mar oscuro
a tu cuerpo llevó mi cuerpo.

Y en una sombra oscura,
los pies de barro, caímos,
tu boca en mi boca prieta,
siendo tuyos mis latidos.

Y en un océano de seda,
y en el corazón del espejo,
y en el canto de la mezquita,
mi boca tomó tus sueños.

¡No vengas ahora, Luna,
no ilumines nuestros besos!
¡Ponte un velo de nubes
ante tu rostro de hielo!

Dame tu mano, amante,
y escondámonos de los vientos,
no sea que con su envidia
rompan la flor de tu lecho.

No abras tu boca, amante,
no rompas este silencio,
no sea que otros ojos
contemplen tus ojos negros.



Ilustración **Laura Oliver**

Que no haya luz que ilumine
desnudos tu alma y cuerpo,
deja que en las sombras mi boca
vista de seda tu cuerpo.

Que no escuchen nuestras voces
ni el mar, ni el cielo, ni el viento,
ni los palacios, las mezquitas,
ni el cuervo que vuela lejos.

Que no te dejaré hablar,
de mordaza harán mis besos,
tus manos serán las cuerdas,
y las mías tus ojos negros.

Que en tu espalda quiero dormir,
mientras la noche no exista,
mientras los tambores tocan,
mientras el Ramadán termina.

Y cuando el alba despierte,
y en el amanecer nos llene de luz,
tus manos tendrán las mías,
caminaremos por Estambul.

TOMÁS SENDARRUBIAS



Fotografía **Begoña Borredá**

VENÍAS DE NEGRO

Nunca me gustó el color negro
pues así es la sangre
que ha recorrido las venas de mi vida,
y así se pinta el verso en un frío diván
como con un suspiro roto de amargura.

Negra la vida mía,
negros tus cabellos
y negras tus pupilas.

Mirada entrecortada,
sonrisa sincera,
tersa tu mano,
la noche entera.

Yo quiero estrecharte,
tu piel es morena
¡abrásame al mirarme!
y olvidaré esta pena.

Venías de negro, sí,
y temor sentí, tal vez
porque así viste la nada
mas nada han sido estos años
y de nada sirvieron los lamentos.

Te reíste en el murmullo
aliviando mi tormento,
bella como esa noche
y ausente en un momento.

Sólo recuerdo tu rostro,
y anhelo ya tu forma
y busco tu voz
que se me pierde,
quebrada,
reflexionando, en silencio,
de madrugada.

Y a tu nombre me agarro,
quizás sin dueño, quizás sin
[ama,
volvería a repetirlo, no lo
[dudes...
desde el hielo hasta la llama.

LUIS CARLOS REDONDO

**MADRID, A UNA HORA INDETERMINADA,
EN UN DÍA CUALQUIERA**

El aliento de las gentes que se dirigen a sus trabajos es siempre el mismo, el de la prisa. Los agujeros se abren, los semáforos encienden sus señores verdes en actitud de andar, y los cigarros caen, como derrotados, ante las paradas de los autobuses.

Maletines, periódicos (pocos), corbatas y portafolios conviven en trayectos cortos y largos que siempre desembocan en alguna oficina sin ventanas, apestada de humos y de sonrisas fingidas.

Mi vida era del color del mercado. Mi alma, ay, no tanto.

Ocupaba el tiempo en un trabajo aburrido y fácil en el que sólo debía de empeñar ocho horas y el desgaste intelectual de una ameba. Tras un grandilocuente eufemismo que definía mi cargo, se escondía mi verdadera labor: automática, rutinaria, administrativa. Gastaba los días como el cazador que no encuentra presa y desahoga sus balas con objetivos tan nimios como un tronco partido o como un perro viejo, a quien ya salir detrás de un conejo le supone un esfuerzo quimérico.

Las horas se hacen días delante de un ordenador.

Mi vida, como la de los demás, era un círculo concéntrico que empezaba y desembocaba en el mismo punto: en las siete treinta de la mañana. La hora límite para seguir soñando. Después, el día se desarrollaba eterno, al albor de un tubo fluorescente, al cobijo de un pequeño desayuno aderezado con breves bocados, un café y noticias fugaces, leídas sin atención. Más tarde, la jornada se volvía igual, con la creatividad de un robot, con la sensibilidad de una tiza.

Ya, a las siete, la luz de la tarde se ponía el traje de noche; un vestido regaliz tejido por el regreso a casa. Y volvía andando, cavilando, sin la sensación de haber cumplido mi misión, incompleto. Pensaba en temas intrascendentes que tenía encerrados en el oscuro cajón de la memoria: en un peón “carnicero” con el que jugaba en los lejanos recreos colegiales de mi niñez, en sus colores rotulados de forma pueril, en sus trazos vagos, en su punta agredida. Tenía la sensación de que recordar detalles insignificantes de mi vida reconstruían de alguna manera el defragmentado estado de mi alma.

Me acordaba también de que, en el *Seiscientos* blanco de mi madre, con el que acudía a buscarme a la salida del colegio, guardaba yo un clavo reluciente que había encontrado por ahí, en la calle, y lo escondía en el límite del sillón de atrás y la chapa de la carrocería, y no sé por qué lo hacía, y no sé por qué lo recordaba ahora.

A mi llegada a casa, un estudio en la calle Galileo, alquilado, con objetos personales por doquier, descansaba mis huesos en el sillón, entreteniendo mi mente con informativos y programas que la televisión vomitaba irremediablemente.

Así, aún a pesar del tiempo perdido en pensamientos vanos e intrascendentes, la mente es una carretera con innumerables canales autónomos que rigen por su cuenta. Los miedos y las preocupaciones ocupan sus carriles colindantes que más tarde, o más temprano, se convierten en principales, volteando a las sensaciones vacías y alzándose con la primacía de la carretera, con la principalidad de nemos.

Yo no me encontraba bien. A pesar de que mi vida era igual a la de muchos, alejada de fatalidades y desgracias, algo tenía por dentro que no me dejaba respirar profundamente para anegar los miedos. Es un inconformismo vital, que de una manera u otra se hallaba vetado por mi conciencia, un proyecto de idea, de destino, que no acaba de concretarse en acto y que se diluye en el todo, como una botella con un escrito que se pierde en el inconmensurable océano sin conocer su mensaje.

Por eso vuelvo a la cama, a intentar desdecirme cerrando los ojos; oyendo programas radiofónicos nocturnos para confundir mis pensamientos, para equivocar mis palabras; y busco con desgana las siete treinta de la mañana.

JAVIER MATEOS

TROTAMUNDO

Recorrer todos los caminos
hasta hallar el más parecido a tus ojos.

Coger un pellizco de arena
a mitad de un sendero
infinito, insondable.

Desear más...

Un puñado de arena,
quizás dos, a lo sumo.
Abarcar cuanto puedan
mis manos y mi boca.

Mañana toca partir
con los restos de un tornado
que me arrastre sin piedad.

Quizás el viento respete
la arena de mis zapatos,
resistiendo los aguaceros
de cada camino que me atrape.

¿Quién sabe?... A lo mejor
puedo arrojarlos al firmamento
y se convierten en estrellas
con que aliviarme
en las desmedidas noches
del más crudo invierno.

LORENA SALAS RUANO

ASTREA

Siento que ya no queda aire en mis pulmones
y que el tiempo, como polvo de ala de mariposa,
se escapa a través de los poros de mi piel.
Y siento, en este corto desfiladero que une la vida con la muerte,
que basta un leve soplo de ira para derribar las ciudades orgullosas.
Mas la contemplación requiere tiempo,
tiempo que nadie posee.
Pues lo que se ha dado medido no es bien de compra-venta.

Y en este torbellino de angustia, siento.
Y en este torbellino de desolación, soy.

Y una vez que de las Tinieblas nazca la Luz me daré por satisfecha,
Luz más bella que ninguna, Luz invicta, Luz que lavas los crímenes del
Mundo...
Pero, cuando las lunas dejen de girar...
¿quién apagará mi sed de perfección?,
¿quién concederá paz a mi alma y calmará mis desvelos?
Una pregunta sin respuesta hiere de lejos más que cualquier engaño.

Adiós, Edad de Oro,
presta voy a emprender mi camino.
Cuando la Espiga prometa germinar
volveré para servirte.

Ahora, desde la atalaya de la Muerte
contemplo la claridad de un futuro incierto.

SIRA SCALLA

EL ARTISTA



Homo Cuadratus

Leonardo Da Vinci

Y tú, que juzgas preferible para estudiar anatomía verla ejecutada en el natural en vez de estudiar los dibujos, dime si en verdad es posible que distingas en la realidad todo lo que te enseñan todos esos dibujos en una sola figura.
LEONARDO DA VINCI, *Tratado de la pintura*

EL LIENZO descansa sobre el caballete, de cara a la ventana, porque el pintor no concibe la pintura sin luz natural, que la luz artificial dota de artificialidad a lo creado.

No extraña entonces tanta ventana abierta, el sol inundando a raudales el estudio de ese nuevo vecino al que llaman *El artista*, porque gasta una levita de un negro raído que jura haberla llevado Dalí en sus años mozos, y entona estridentes compases con un charango de tres cuerdas a la una de la mañana.

Parece ser que el hecho de arrastrar todos los días su maletín de pinturas, el lienzo y el caballete, no le convierte en *artista*. A ese respecto las pruebas son insuficientes, ya que los lienzos siempre van envueltos por una tela roja, o eso parece, o tal vez el lienzo está pintado de ese color, porque ningún vecino a podido ver con certeza lo que el pintor lleva bajo el brazo. Sea como fuere, el nuevo vecino es *artista* por su levita y su charango, y no por su manía pictórica, que lo único que encubre es su inactividad laboral.

El artista se ha buscado las antipatías de la comunidad de vecinos, centradas antes en *El vecino del segundo* y su perro. *El chérif* ya ha convocado varias reuniones para atajar el problema del *artista*, porque su charango desvela el sueño de los durmientes, y tiene intoxicado a medio edificio.

-¡Y las juergas que se monta!- exclama *La sor-tera*.

-Pero eso no es de nuestra incumbencia; sigue el horario permitido- aclara *El chérif*.

-Y la guitarrita esa, ¿no es juerga?

-No, eso será su último cigarro de la noche, cuando ya ha cumplido- bromea *El eterno opositor* del tercero.

-Mañana llamaré a Sanidad, a ver si le dicen algo- se deslumbra *El chérif*.

Los vecinos congregados se encogen de hombros, con la mansedumbre que da el sacramento, después de confesados los improperios escondidos en la boca.

EL PINTOR está cansado por todo un día de trabajo. Siente en la lengua un regusto pegajoso, y al principio piensa que es el óleo, el barniz, el aguarrás o el aceite de linaza, pero no, es algo más pastoso. Escupe en el suelo y se aleja dos metros del lienzo, contemplando el encuadre de lo que, aquella mañana, fuera una proyección realista y que, a mediodía, transformó en cubismo, reduciendo el tema a simples formas geométricas, como les enseñaría Paul Cézanne a sus discípulos del siglo XX (en el mismo año de su muerte Picasso comenzó su *Les Femmes d'Alger*). Y sin embargo no está satisfecho. Advierte que el cubismo le ha llevado irremediablemente al impresionismo, porque está sujeto a la evolución de lo pintado, a su luz cambiante, a su transmutación lenta pero firme tras las horas, y este ocaso del color, que pierde su brillo original, se enfrenta a otro concepto pictórico: el expresionismo, recordándonos el triste destino que toda vida encierra.

Pero ya las líneas se confunden, se vuelven borrosas y no se distingue cuál es el comienzo de la figura y cuál su final, que en la penumbra todo parece mezclado, confundido, en un montón de formas sin orden ni concierto y, no obstante, con la misma tonalidad bermellón.

El pintor se sienta sobre su camastro mientras medita con un cigarro en la boca. Lo que más le desagrade de la creación es ése momento, cuando tiene que hacer descender de los Cielos el Verbo, para que lo creado tenga un sentido en el universo, pues lo innombrado no existe:

-Bodegón de medio cuerpo... No, no, algo menos técnico; Fábula de lo inesperado... Tampoco, porque no hay nada aleccionador. ¡Ya está!: Ser / No ser: impresiones del tránsito.

A pesar de la formulación tan categórica, el pintor sigue nervioso mientras arrambla con su *bodegón* para usarlo de cena, y aún se le remueve la imaginación cuando, después de ver la televisión y rasgar su charango, se introduce entre las sábanas mascando con desagrado el olor penetrante de su estudio.

EL PINTOR sale presuroso con su equipo a cuestas. En el soportal se encuentra con *El chérif* y dos hombres vestidos de mono blanco, con el escudo del municipio y un eslogan que reza: SERVICIO DE SANIDAD.

-Es él.

El pintor escucha la acusación sin darle importancia.

-Nos parece muy bien, señor, pero ya le hemos dicho que nosotros no podemos hacer nada. Hay otras vías legales.

El pintor se aleja con aire marcial, pensando que siempre hay alguien que quiere atentar contra el Arte, contra la libertad de expresión.

Cuando ve su reflejo en un escaparate, comprende el porqué de tanto odio: su imagen es decadente, y esa levita que él lleva con orgullo pueril, le hace parecer un esperpento de sí mismo, una caricatura mal abocetada que lucha por no hundirse en el caos de su fisonomía. *Tendré que cuidar más mi aspecto, y esta barba grasienta..., me acentúa los rasgos de alucinado que tengo.*

Como todas las mañanas, el pintor hace su recorrido por las distintas galerías de arte de la ciudad. Los marchantes ya le conocen, y antes de que pueda hacer cualquier movimiento para mostrar su nueva pintura, el marchante le regala una sonrisa enmascarada, y le ruega cortésmente que abandone el local.

-¡Esta es la creación definitiva! -implora, moviéndose confuso por la galería, haciendo ascos a lo que allí se exhibe-. ¿Por qué no me dais una oportunidad?

-Pero don Manuel, si siempre me trae usted lo mismo. ¿No ve lo que aquí se vende?: retratos, paisajes, bodegones...

-¿Y esto que es?- se sorprende el pintor.

-Pues, francamente, no lo sé.

El pintor, empequeñecido por las circunstancias, por el rechazo, se retira despaciosamente, intentando desentrañar la mirada del marchante, entre risueña y severa.

-Esta gente no comprende nada -se dice decepcionado-. ¿Dónde comienza el arte y dónde la especulación?

Esa mañana decide abortar otras visitas, que el arte, a veces, necesita recluirse e ignorar las miradas ajenas, ocultarse, pues más de uno podría llevarse las manos a la cabeza horrorizado ante la pura expresión de lo pintado.

LA TARDE la pasa meditabundo, pensando que lleva una vida demasiado abandonada.

-Es la soledad -se contesta con una sonrisa amarga.

Pero tampoco es un hombre que se deje llevar tan fácilmente por el camino de las lamentaciones, por eso se agita con brusquedad y espanta las ensoñaciones reflexivas.

Lo primero que hace es poner en orden su estudio. Apila sus cuadros contra la pared, coloca todas las pinturas en una esquina y va recogiendo las hojas de periódico desperdigadas por el suelo. Todo está pringoso, y cuanto más remueve la porquería para juntarla en un montón, más pestilente se vuelve la atmósfera.

-¡Dios mío!-exclama-. ¿Cómo es posible que viva entre tanto desorden?

LA SOR-TERA es una mujer muy indiscreta, de las que salen al rellano cuando escucha a alguien bajando o subiendo las escaleras.

-¿De limpieza?- pregunta al ver al *artista* llevando tanta bolsa junta.

-Algo así; poniendo en orden mi estudio-responde el pintor, incómodo por tener que dar explicaciones a una fisgona.

-Pues si con esas está..., podría tirar también esa dichosa guitarrita- gruñe antes de darle con la puerta en las narices.

- Gilipollas- replica entre dientes.

AHORA el estudio está limpio. Los restos empleados para su último *bodegón* están en la basura, y un olor agradable a limón se respira en toda la casa.

El pintor ha extendido sus obras por el estudio. Todo aquello es el trabajo de un año, sus investigaciones sobre el concepto de la metamorfosis en los organismos, y es tan profundo su análisis, que ha empezado a escribir un *Tratado de la pintura* partiendo de las anotaciones que realiza mientras pinta y observa la descomposición de esos *bodegones* tan pretenciosos. El proyecto se le ocurrió leyendo los estudios de Da Vinci sobre la pintura, y comprendió que todo arte es depredador, destructor de la realidad, porque transforma una idea en otra, y así sucesivamente, de manera recíproca: el grande se come al pequeño, y el pequeño al grande.



Estudios anatómicos L. Da Vinci

La vida es depredación, se dice, satisfecho de acariciar la verdad con sus dedos.

Sin embargo, la soberbia tiene posos de amargura, que las alturas son vertiginosas. Hay muchas veces que se pregunta si ése es el camino correcto, si tal vez no se está equivocando. En realidad siente un agotamiento enfermizo, porque hace meses que viene repitiendo lo mismo, como si hubiera intuido que sus investigaciones han tocado techo.

Tiene la impresión de que todo el rojo utilizado no expresa ni la mediana parte del modelo. Ese extraño realismo que concibe, le ha llevado a usar sólo colores rojizos, de modo que en su paleta se mezclan todas las variaciones del rojo: el bermejo, el bermellón, el carmesí, el escarlata, el granate, el púrpura...

¿Por qué, entonces, admite que su pintura no es del todo exacta? *Porque la evolución del arte me ha llevado a esto*, razona.

Al trocear el modelo, los colores originales se han asociado en uno sólo; el color sangre ha oscurecido los otros más pálidos.

Sus pinturas son repetitivas, pero cada una de ellas tiene algo que las distingue: el azar de las pinceladas, siguiendo los hilos de sangre, su tránsito por el suelo, el rítmico goteo.

EL VECINO del segundo pasea a su perro, dejando que el animal levante la pata en donde le venga en gana. El perro tiene algo de presa, aunque sólo sea su instinto avizor y precavido.

Cuando *El vecino del segundo* se aproxima a los cubos de basura, advierte la exaltación del perro, husmeando al tiempo que agita el rabo.

-¡Busca, Nerón!- ordena el amo, imaginándose un gato entre los desperdicios.

Nerón se arroja sobre las sombras de la basura, y un gato brinca espantado por la terrible visión del perro, arrojando por el suelo el contenido de una bolsa en la que buscaba alimento.

El vecino del segundo se queda perplejo, porque hay trozos humanos desperdigados: una mano, un pie, masa encefálica, trozos de cráneo reventado a martillazos.

Entre tanto el perro ha iniciado una carrera a muerte en persecución del gato, y corre carretera arriba, siguiendo el trayecto del felino, en dirección a unas luces que crecen velozmente hacia el cuerpo desorientado del animal.

-¡Mierda! ¡Nerón! ¡Nerón! ¡Nerón!



Autorretrato L. Da Vinci

*Por mucho que sea tu genio, no podrás ver, en efecto,
y no podrás conocer más que unas cuantas venas; mientras
que yo, para tener verdadero y pleno conocimiento del tema,
he de haber hecho la disección de más de diez cuerpos
humanos, separándoles los miembros, reduciendo a partículas
la carne que se encontraba en torno a las venas.*

LEONARDO DA VINCI, *Tratado de la pintura*

JORGE DE BARNOLA

NOVIEMBRE

La promesa de noviembre
con sus días siempre tristes,
que no verán la primavera;
golpea como una aldaba
en las sienes, en los recuerdos,
sin descanso, una y otra vez.
Siempre una silla vacía
estará esperando a que llegues,
siempre habrá un verso que ofrecerte
una estrofa incompleta,
y un poema inacabado
que se quedara al borde de mis labios:
ni libre, ni preso; anhelante;
dispuesto a llegar a tus oídos
susurrante; triste; roto;
perdido en un silencio de corcheas.
Qué no cese la música,
qué sigan las risas y la música,
qué mi voz se oiga aunque no hable
y tus pasos crucen el patio,
qué todos dancen y den vueltas
y más vueltas, con los brazos
abiertos, entre las sillas vacías.

MARÍA JESÚS SOLER

TORERO

Sale el torero al tendido a cumplir su cometido, y cuando se encontraba mancillando a la bestia muere el presidente al caerse del caballo en plena cacería del zorro. De inmediato el sucesor implanta una nueva ley favorable a los animales, y al enterarse que un toro había sido quemado, agujereado y degradado durante sus primeros minutos como mandatario, manda traer al torero.

-¡No puede hacerme esto, no puede encerrarme, ¿acaso no sabe que el toreo es arte?, ¡si hasta a Hemingway le fascinaba! –alcanza decir el torero al flamante presidente.

-No veo arte donde se exacerben las más vergonzosas muestras de algarabía a costa de un pobre animal –sentencia el gobernante, y acto seguido, ordena llevarse al torero al lugar donde le esperaban.

-¿Dónde estamos? –pregunta el matador vistiendo aún la ceñida prenda de faena.

-Esta será su celda unipersonal, y ese su baño.

-¿Y ese olor, no huele a sangre? –pregunta asqueado el torero.

-Es del antiguo canal que está justo al costado, pero no se preocupe que ya se acostumbrará al hedor. Ah, tome, es del Señor Presidente –dice mientras le cierra la reja. Abre el sobre dorado y lee:

Hay un error de interpretación. Hemingway no iba a los toros para vitorear, iba para insultar a los toreros, pero como nadie sabía inglés no le entendían. Fue así entonces como se creyó que el novelista era amante de las corridas, las cuales detestaba con profunda convicción. Apelando a su buen ver, le envió con la presente una fotografía de la época donde se puede ver al escritor con rostro adusto, amargo, en plena corrida. Le agradecería me devolviera la imagen ya que es propiedad del Museo del Toro, entidad que tiene los días contados.

Atentamente,

*Bernardo Sánchez de la Vega
Presidente de la República de este país.*

SANTIAGO ANTÚNEZ

GALERÍA

LA BRÚJULA
 (RINCONES DE INSPIRACIÓN)



Foto: Álvaro Ribagorda

ALCALÁ DE HENARES

Hay ciudades que tienen una esencia propia, encanto. Alcalá de Henares es una de ellas. Desde el parque arqueológico de la “Casa de Hyppolitus” hasta el Museo Arqueológico Regional (desde el Neolítico al S. XX), pasando por la Casa de la Entrevista o la Capilla del Oidor, son sólo algunos ejemplos. Ya en el casco histórico, a pocos metros de la Casa de Cervantes tenemos el Hospital de Antezana, la Catedral Magistral, el Corral de Zapateros –el corral de comedias en uso más antiguo de Europa-, la Plaza de Cervantes, la Iglesia de Santa María...

TOMÁS SENDARRUBIAS

Foto: Álvaro Ribagorda

MUSEO SOROLLA(C/Gral. Mtnéz. Campos
37, Madrid)

Un pequeño jardín andaluz, un lujoso salón, las habitaciones y el impresionante estudio del pintor componen este acogedor museo –recientemente remozado-, instalado en un palacete de 1911, que fue la casa-taller de Sorolla en sus últimos años, y que hoy nos permite sumergirnos en aquella época.

Entre el suelo de tarima y las claraboyas de sus altísimos techos, penetra en sus habitaciones la luz de las playas valencianas a través de sus obras impresionistas más importantes (*Paseo a orillas del mar, Autorretrato,...*), alternadas con colecciones de escultura y cerámica.

ÁLVARO RIBAGORDA

Foto: Isaac Caselles

PLAYA DE LAS CATEDRALES

(Lugo)

La naturaleza, sabia y bella, construye y hunde a su antojo todo tipo de maravillas, como esta playa escondida que, engañosa como la Luna, unas veces se deja ver y otras no. Juega con las luces y las sombras y con lo que oculta y lo que enseña entre sus arcos, juega con lo que tapa y lo que esconde su marea.

Pasear por la playa permite disfrutar de la sensación de estar entrando en la nave lateral de una catedral gótica llena de arquerías que forman pequeñas estancias independientes unas de otras, cada una con sus propias peculiaridades pero con una armonía común.

ISAAC CASELLES

BRUJAS (Bélgica)

La atmósfera embriagadora de Brujas envuelve a todo aquel que está dispuesto a zambullirse en este oasis medieval. Los puentes cruzan los canales como si de un espejo se tratasen, donde queda atrapado el tiempo para no alterar la serena musicalidad de los cisnes. Las pequeñas embarcaciones surcan las aguas, entregando al visitante el embrujo de esta ciudad con olor a chocolate.

*Molino en Kruisvest**Canal de Wallestraat**Mercado**Plaza del Burg*

*Atalaya o Torre del reloj**Vlaminstraat**Lago del amor y Torre polvorín*

Encajes de bolillos,
coches de caballos,
bicicletas, el Beaterio,
son los testigos del
matutino despertar de
los años cautivos.
Lugar mágico, que
logró embaucar a Jan
Van Eyck, Van der
Weyden, etc., un
misterio del que
Georges Rodenback
quedó prendado.
366 escalones llevan a
una majestuosa vista
para terminar un
paseo por una ciudad
llena de encanto. Sus
callejones, sus
molinos, su lago del
Amor, los detalles de
los tejados, quedan
grabados en la
memoria del que se
decidió a disfrutar.

Texto y fotografías:

BEGOÑA BORREDÁ

LA LUNATECA
(LIBROS PARA SELENITAS)



Eugen Bertold Brecht:
LA ÓPERA DE LOS CUATRO CUARTOS (1928)

La semana pasada me trasladé hasta el Támesis para disfrutar de la imaginación y de la construcción del maestro innovador del teatro, Bertold Brecht, quien mediante ésta y otras obras consiguió la admiración de lectores, directores de teatro y de cine, y público en general. Y aún fue más allá, ya que en 1955 consiguió el Premio Stalin de la Paz.

Esta obra de teatro no pasó de forma vanal por mi vida porque aunque la construcción de la sociedad que reflejaba es una figuración, me introdujo en un mundo de pasiones enfrentadas, unas veces por dinero, fruto del sistema capitalista incipiente que convertía en mercadería la pobreza y la mendicidad como productos que se tienen que vender y, que refleja el inicio de la especulación entre propietarios privados para estafar al Estado. Y, otras veces por las pasiones desatadas por amor, algo que puede remover las olas del mar, unas veces en forma de suave oleaje y otras veces en forma de tormentas .

Pero no leí el libro, sino que mi imaginación me llevó a otra época y otro lugar, me sentí como si estuviera al lado del maestro de las finanzas, el señor Peachum, canté la canción de “Mackie Cuchillo” y escudriñé los barcos que se iban a vender. Todo gracias, no a formar parte de los personajes, cuya psicología estaba bien estudiada para representar a distintas categorías profesionales, sino a la descripción de las situaciones y a la crítica de la sociedad y de las expectativas de los personajes, algo que induce al lector a tomar conciencia de la situación social que envuelve a la obra.

Cada personaje de la ópera es un conjunto de lo peor de la sociedad, en ellos se representan las peores cualidades humanas y, junto a ello, ninguno de los protagonistas de esta historia es peor que cualquiera de nosotros, ya que también se presentan los motivos que les mueven a cometer los actos más rastreros y a utilizar todas las tretas a su disposición para poder timar a sus clientes.

ISAAC CASELLES

**NIEBLA***Miguel de Unamuno (1914)*

El hombre es un ser abocado a la muerte, cuya única forma de eternidad es trascender en el imaginario colectivo, como sucede con los personajes de las novelas, cuya realidad puede ser incluso mayor a la de los propios seres humanos.

Sin un espacio ni un tiempo concretos, sin narrador, articulada exclusivamente sobre los diálogos y los pensamientos de los personajes —porque “a la gente sólo se la conoce por lo que dice y hace”—, *Niebla* recoge las ideas fundamentales de Unamuno sobre la expresión literaria, que no es más que un trasunto de la vida misma. Se traza así un paralelismo entre el mundo real y el de la ficción, que llegan a confundirse hasta el punto de que ante su muerte inminente, el personaje llega a ser tan real que se rebela contra el autor, exigiéndole su derecho a vivir.

ÁLVARO RIBAGORDA**ZALACAÍN
EL AVENTURERO***Pío Baroja (1909)*

Esta novela de aventuras forma la tercera parte de la trilogía *Tierra Vasca*: (*La casa de Aizgorri* (1900), *El mayorazgo de Labraga* (1903) y *Zalacaín el aventurero*). En ella, Baroja nos lleva tras los pasos de Martín Zalacaín, un personaje inquieto, cínico e indolente. En pocas páginas, el niño rebelde se convierte en un hombre indomable. La sucesión de personajes que surgen, desaparecen y vuelven a aparecer, la diversidad de acontecimientos misteriosos, el ir y venir de la agitada vida de Zalacaín como contrabandista en el escenario de las Guerras Carlistas, muestran la devoción de Baroja por la acción, el dinamismo, el drama, los enredos y el peligro.

BEGOÑA BORREDÁ**RÉQUIEM POR UN
CAMPESINO ESPAÑOL***Ramón J. Sender (1960)*

La esperanza y el drama español de los años treinta fue brillantemente plasmado por el autor oscense en el microcosmos de una pequeña e imaginaria población aragonesa, asimilable a cualquiera de los pueblos de nuestra geografía, en la historia del alcalde y campesino Paco, “el del molino”, y en la vergüenza y cobardía del cura del pueblo, Mosén Millán.

Una obra breve y brillante, realista y a la vez influida por el simbolismo, como revela la omnipresencia de la mula evocando el mito de Zapata, hecha desde el exilio sin sectarismo y sin rencor. Pero perdonar no es olvidar.

SERGIO BENÍTEZ

LA BUTACA

**FAHRENHEIT 451**

Dir. F. Truffaut
(1966, Francia)

Truffaut, máximo representante de la *nouvelle vague* francesa, logró con este filme la mejor adaptación posible de la novela de Ray Bradbury, dándole una ternura no exenta de ironía y plasmando su inagotable sensible imaginación creadora.

La película se desenvuelve en una futurible sociedad sin libros, donde los documentos escritos son perseguidos (el título nos evoca la temperatura a la que arde el papel) interpretada por muchos como una alegoría sobre los riesgos de una cultura audiovisual.

Para dentro de dos años se espera una revisión del clásico por el director F. Darabont (*The Majestic*)

ISIDRO DAVID CARRO

**THE DOORS**

Dir. Oliver Stone
(1991, Estados Unidos)

En los tiempos convulsos sólo los grandes talentos saben estar a su altura, y forjar desde ella leyendas intemporales. Jim Morrison –Val Kilmer– se convirtió en sólo cuatro años (1967-1971) en el gran mito de la rebeldía y la trasgresión. Poeta delirante y genial, siempre asomado al abismo interior, fue también un ser humano atormentado, que quiso abrir las puertas de su percepción, llegó a rozar lo sublime, y murió ahogado en un infierno de alcohol.

Su perfil se dibuja en esta película a través de una poética yuxtaposición de imágenes deslumbrantes, montadas sobre el esqueleto de la discografía de la legendaria banda de rock, en un film que como ella es ya una obra de culto.

ÁLVARO RIBAGORDA

**¡BUEN VIAJE,
EXCELENCIA!**

Dir. Albert Boadella
(2003, España)

Albert Boadella (*El Joplars*) debuta como director en esta sátira sobre los dos últimos años de la vida del general Franco. Divertida y mordaz, resalta la interpretación de Ramón Fontseré, cuyo no excesivo parecido con el dictador es olvidado por el espectador a los pocos minutos de metraje. El retrato de un jefe de estado senil, acompañado constantemente del brazo incorrupto de Santa Teresa, en un entorno ridículo y enloquecido, es más realista de lo que el tono humorístico de la película nos pudiera hacer creer. Bastantes salas se han negado a exhibirla, por lo que recomiendo cierta celeridad a aquellos que quieran disfrutarla en la butaca.

SERGIO BENÍTEZ

CARTA ABIERTA

REINVENTARSE

Reinventarse para seguir viviendo, no hay más alternativa. La vida es sólo una existencia inerte, superflua y azarosa, para quien se perpetúa en sí mismo. Resulta complejo hacerse una radiografía a uno mismo. Uno se puede tratar de observar a lo largo del tiempo, ver sus fotos viejas, mirar sus escritos,... pero lo difícil sigue siendo encontrar la perspectiva adecuada, mirarse a uno mismo sin ser uno el que mira.

Se trata de un ejercicio de abstracción, del análisis de una entelequia, porque tal vez la introspección aplicada a un largo espacio temporal sea imposible. No obstante, no deja de tener interés pese a lo incierto de las conclusiones.

El existencialismo nos enseñó la crucial diferencia entre ser y existir. Existimos, resulta innegable, pero ¿somos?. Y si es así, ¿qué somos? En determinados momentos tenemos certeza absoluta de nuestra esencia, de nuestro autoconocimiento. Puro espejismo.

Tal vez, como en la ciencia, todo se limite a una pregunta última capaz de explicarnos. Observando viejas fotografías podemos ver lo poco que tenemos en común con nuestro yo pasado: una expresión, un gesto, el peinado, la ropa, el lugar o el entorno, nos desvelan de un solo vistazo que somos algo distinto de lo que fuimos, y sin embargo...

Sin embargo seguimos siendo nosotros. ¿Porqué? Pero no, no es esta la pregunta adecuada. Lo que de verdad importa saber no es lo que hace que uno sea el mismo, sino lo que hace que uno siga reconociéndose a sí mismo en el pasado.

La vida se compone –a grandes rasgos- de una cotidianidad rutinaria. Los cambios son paulatinos e inapreciables, pero constantes. Con frecuencia, al meditar en una tarde triste de domingo, pensamos que nos gustaría volver atrás, retroceder en el tiempo para actuar de la forma adecuada en alguna situación importante. Otras veces nos lamentamos del transcurso del tiempo, que con su inercia nos va desgastando. Son lamentos inútiles, y bien mirados...

* * *

Reinventarse para seguir viviendo, no hay más alternativa, al menos no para vivir. Es fácil sobrevivirse, dejarse llevar, inerte, vegetal, y a la postre, volver la vista atrás y contemplar una existencia aceptable, pero anodina.

Reinventarse, esta es la clave. La identidad es algo inherente a uno en gran medida: apenas si podemos modificar nuestras facciones, nuestros gestos, nuestros miedos o nuestros gustos. Pero la identidad es también algo elegido, creado, inventado. Tenemos un amplísimo margen de maniobra sobre nosotros mismos, que con frecuencia ni siquiera sospechamos. Uno existe en su naturaleza, humano, hombre, y en sus circunstancias, eso es inevitable. Pero si se lo propone, además, uno es. La clave está en las decisiones, en elegir, en elegirse.

Nuestra vida puede ser tan rica como seamos capaces de plantearnos. Sólo hay que ser capaz de observarse a uno mismo con perspectiva para tomar conciencia de sí, y elegir en cada momento lo que se quiere ser, lo que se es. Por ello, para ser y no meramente existir, hay que reinventarse uno mismo, no hay más alternativa.

ÁLVARO RIBAGORDA